

Continuidades y cambios en el orden patriarcal chino

Gladys Nieto*

Para muchas mujeres chinas, la liberación comunista de 1949 que instituyó la igualdad entre los sexos tras treinta siglos de dominio patriarcal, supuso un hito que abriría una brecha enorme entre sus propias experiencias vitales y aquella que hubieron de transcurrir sus madres y abuelas. Por voluntad del Estado las mujeres vieron reconocidos sus derechos a la herencia, al trabajo remunerado, a la libertad de elección de cónyuge y la participación política. A la luz de las transformaciones del periodo maoísta, cabría pensar que la incorporación de China al proceso de globalización iniciado con las reformas económicas de los años 80, avanzaría aún más la igualdad de género en ese país. La actual modernización ha diversificado las oportunidades de crecimiento personal entre las mujeres chinas –tanto del campo como de la ciudad– y ha contribuido a generar una mayor auto-conciencia colectiva de la discriminación a la que están expuestas. Sin embargo, tal modernización no sólo ha favorecido el retroceso de muchos derechos adquiridos por las mujeres, sino que ha re-actualizado prácticas patriarcales, residuos de la estructura social tradicional

que se consideraban totalmente erradicados. Estos aspectos que oscurecen el optimismo con el que se juzga la inclusión de China en el proceso de globalización en relación a la equidad de género, constituyen el objeto de este artículo.

La política natalicia que se lanzó en el año 1978 con el objetivo de frenar el crecimiento poblacional y adecuarlo a los planes de desarrollo económico, ha derivado en consecuencias adversas que afectan diferencialmente a las mujeres. En la primera década de aplicación de la política de un solo hijo por pareja, a raíz de su impopularidad y las resistencias de la población, el gobierno utilizó medidas coercitivas que recayeron preferentemente en las mujeres.

La “política del hijo único” ha incorporado modificaciones que la convierten hoy en un mosaico de múltiples regulaciones. Además de algunas excepciones entre los residentes urbanos¹, los residentes del campo pueden tener otro hijo si el primero es una niña². Lo cual sitúa a la política nacional en una media aproximada de 1,47 hijos por pareja. El mantenimiento de esta política, que en el contexto actual va en contra de los deseos mayoritarios de la población china de tener dos hijos (uno de ellos varón), habiéndose reducido además la tasa de fertilidad de manera notable, plantea serias consecuencias a medio plazo. En China como en otras sociedades del Sur y el Este Asiático, la preferencia por el

¹ Aquellas parejas que residen en ciudades pueden tener otro hijo si el primero es discapacitado, y si son parejas que se vuelven a casar y no habían tenido hijos en su matrimonio anterior.

² Casi todas las provincias permiten a las parejas donde marido y mujer son hijos únicos, la posibilidad de tener dos hijos. En algunas provincias si la madre es hija única también puede tener dos descendientes. La excepción a la política natalicia es también desigual entre las nacionalidades minoritarias, que pueden tener entre 1 y 3 hijos (Wang Feng, “Can China Afford To Continue Its One-Child Policy?”, *Asia-Pacific Issues*, no. 77, March 2005).

varón tiene profundas raíces sociales, económicas e históricas. Los hijos son considerados un seguro para la vejez de los padres en ausencia de pensiones jubilatorias y para la continuidad generacional del linaje o apellido y el culto a los antepasados. De allí, la aplicación de la “política del hijo único”, en especial en zonas rurales, derivó en la búsqueda de un “único varón”. Y el uso de tecnologías de reconocimiento del sexo del feto facilitó la apelación al aborto selectivo como método anticonceptivo. La tendencia demográfica ha venido mostrando en las últimas décadas un creciente diferencial por sexos en la tasa de nacimientos. El censo de 2000 revelaba el nacimiento de 119,2 varones por 100 mujeres (en determinadas zonas llega a más de 150 varones) cuando la tasa internacional es de 104-106 varones por 100 mujeres³. A ello se añade el incremento en la mortalidad femenina a edades tempranas desde la implementación de la política natalicia. La falta de niñas –a medio plazo de mujeres en edad casadera– plantea consecuencias significativas para la reproducción social. Se afirma que en unos años, en ciertas regiones de China un alto porcentaje de varones no hallará esposa. Esta situación ha re-actualizado un fenómeno que se había erradicado durante el maoísmo, que el matrimonio sea considerado una señal de estatus y estratificación social. La escasez de novias y la reducción de la tasa de fertilidad en el país está derivando en una concentración de la soltería masculina en varones campesinos analfabetos o semianalfabetos⁴. Con lo que el matrimonio adquiere una mayor valoración como indicador de privilegio social. En esta misma línea, la escasez de féminas ha alentado el tráfico y venta de mujeres, con objeto de casarlas con hombres solteros que pagan por obtener una

³ Guilmoto, C. & Attané, I., The Geography of Deteriorating Child Sex Ratio in China and India (draft). <http://iussp2005.princeton.edu/download.aspx?submissionId=51524> (8 enero 2008)

⁴ Wang Feng, *Op. Cit.* (2005).

esposa. El secuestro de mujeres ocurre en especial en los mercados a los cuales acuden jóvenes campesinas en busca de empleo en las ciudades. La práctica exogámica por la cual una joven hallaba marido en aldeas de otras provincias ha sido un factor de movilidad social desde antaño. Esta circunstancia explica que se puedan hallar experiencias de mujeres que han sido traficadas, vivenciadas por sus protagonistas como acontecimientos apreciados en vez de forzados, ya que les ha permitido realizar un matrimonio más ventajoso que aquél al cual pudiesen haber optado en sus propias aldeas⁵. Desde el gobierno se han lanzado campañas de protección y revalorización de las niñas y contribuciones médicas, educativas y laborales a aquellas familias campesinas sin hijos o con una o dos niñas⁶. Sin embargo, ciertas prácticas patriarcales siguen conviviendo en el marco de los procesos modernizadores por los que atraviesa el país. En los últimos años se han documentado casos de ‘matrimonios póstumos’ (*minghun*)⁷ o ‘esposas fantasmas’. Una costumbre característica de las provincias de Hebei, Shanxi y Shaanxi, que consistía en casar a varones solteros de manera póstuma con mujeres fallecidas que les acompañaran en su camino al más allá, un viaje que se consideraba compartido. Algunos de los sucesos recientes vinculados a esta práctica se conectan con la escasez de mujeres en ciertas aldeas que han emigrado a las ciudades, y la imposibilidad para los varones de familias pobres de casarse con alguna de las pocas mujeres disponibles. Por lo que el ‘matrimonio póstumo’ es precisamente la última opción de hallar una esposa.

⁵ Li Xiaojiang, “Ganancias y pérdidas de las mujeres en la construcción y la transición de la RPC: panorámica de la liberación y del crecimiento de las mujeres en China desde 1949” en A. Sáiz, *Mujeres asiáticas. Cambio social y modernidad*, Barcelona: Documentos CIDOB, núm. 12, 2006.

⁶ Sydney Westley & Minja Kim Choe, “How Does Son Preference Affect Populations in Asia?”, *Asia-Pacific Issues*, no. 84, September 2007.

⁷ Jim Yardley, “Married for the Afterlife in China”, *International Herald Tribune*, October 4th 2006; Antoaneta Bezlova, “China’s Grave Offense”, *Asia Times*, June 29th 2007.

Los fenómenos sociales mencionados pueden ser considerados evidentemente sexistas, pero hay otros que naturalizan la desigualdad de género mediante formas más sutiles e indirectas. La incorporación de China al proceso de globalización ha potenciado la manufactura de trabajo intensiva en industrias de exportación (textil, calzado, juguetes) que dan preferencia al trabajo femenino, mediante la asignación de estereotipos fundados en diferenciales de género –la idea de que las mujeres tienen dedos más ágiles, son más pacientes que los varones, cuentan con una mayor habilidad de concentración durante largas horas de trabajo, entre otras. Las reformas económicas de los años 80 en el ámbito urbano tuvieron consecuencias definidas en relación con el trabajo de las mujeres. Éstas fueron las más afectadas por los despidos y el sector sobre el que mayor presión se ejerce para que libere puestos de trabajo para que sean ocupados por trabajadores varones. De hecho, a raíz de la reestructuración del sector estatal se produjo una retirada masiva de las mujeres del trabajo productivo⁸. La pérdida del trabajo provisto por el Estado acarrió además para las mujeres la pérdida de un sistema de bienestar social que incluía la vivienda, la salud y la educación. Estas prácticas discriminatorias que relegan los derechos laborales adquiridos durante el maoísmo se sustentan además en ideologías patriarcales que señalan a las mujeres como menos productivas debido a la responsabilidad unilateral que se les asigna en la reproducción y la crianza de los hijos.

En síntesis, la actual modernización en China muestra una serie de contradicciones en torno a las transformaciones en las relaciones de género y a

⁸ Christa Wichterich, *Fair and Unfair Competition. The EU-China Trade Race and Its Gender Implications*, Brussels: WIDE, 2007.

la consolidación de los derechos adquiridos por las mujeres en los años 50 del siglo pasado. Si el maoísmo constituyó un periodo de ruptura con el orden social tradicional anterior, las reformas de los años 80 han señalado la emergencia de continuidades en prácticas patriarcales arraigadas dentro de un nuevo marco económico y social. China evidencia hoy problemas y desafíos comunes a los que se enfrentan las mujeres de otros países y regiones del mundo, agravados por la persistencia de ideologías ancestrales de preferencia por el varón. China es también hoy un laboratorio social en torno a las relaciones de género, desde el cual reflexionar dónde reside efectivamente el cambio social y el avance de la equidad de género cuando ni la legislación punitiva ni las campañas de sensibilización alcanzan para modificar prácticas sexistas que permanecen latentes en la vida cotidiana, ya sea en el campo o en la ciudad.

* Gladys Nieto es Profesora del Centro de Estudios de Asia Oriental, Universidad Autónoma de Madrid.